

CORONA FUNEBRE

A LA MEMORIA DEL VIRTUOSO SACERDOTE,

PRESBITERO DOCTOR,

JESUS MARIA URIBE.



BOGOTA.

IMPRESA DE "LA UNION."

1882.

JESUS MARIA URIBE.

Este varon egregio en los fastos del Apostolado colombiano, era hijo de la fecunda y noble provincia del Socorro. Nació en el distrito parroquial de Charalá, el juéves 22 de Noviembre de 1838, á la puesta del sol. Fué vástago único del matrimonio celebrado entre el señor Antonio Uribe Pinzon y la señora Luisa Antonia Mejía Villafrade; recibió las aguas redentoras del bautismo, el 23 de Noviembre del mismo año de 1838, administrado este sacramento por el Presbítero Doctor Cayetano Albarracin, habiendo sido sus padrinos los señores Justo Uribe y Benita Arias, personas notables por su posición y sus virtudes. Más tarde, y de mano del Ilustrísimo Obispo señor Doctor Lazo, recibió el sacramento de la confirmacion, en la Parroquia de Chiquinquirá.

Desde muy tierna edad empezó el señor Doctor Uribe á sentir el peso del destino que debia gravitar inexorablemente sobre su existencia personal, pues tuvo la desgracia de perder á su cristiano y cariñoso padre cuando apénas contaba diez y ocho meses de nacido. Debió á la más cuidadosa solicitud materna la conservacion de sus dias y el aprendizaje de las primeras lecciones, que inculcadas con interés y prevision, le prepararon para el conocimiento de las ciencias y para la práctica de las virtudes. La situacion desventajosa y precaria en que la madre y el hijo se encontraron por la falta del esposo y del padre, hizo que los esfuerzos de ámbos, fuesen casi milagrosos en los progresos del infante, quien con nociones de lectura, escritura, urbanidad, conocia toda la doctrina cristiana, algunas máximas de moral y las cuatro primeras operaciones de la

aritmética, cuando á la edad de cuatro años fué puesto en la escuela, que en el distrito de su nacimiento, regentaba el señor Agustín Grillo; y cuando apenas contaba siete años, entró á estudiar latinidad bajo la direccion del Presbítero Doctor Antonino Tello, párroco de Charalá. A los diez años de edad, cursaba en el Colegio de San Gil, regentado por el Doctor Jiron, las clases de inglés, frances, y último año de latinidad, desempeñando al mismo tiempo, los cargos de pasante y catedrático de aritmética é idioma patrio; de San Gil siguió al Doctor Jiron á la villa del Socorro en donde continuó sus estudios. Al dejar los claustros del Colegio, acompañó por espacio de seis meses al señor Doctor Rito Antonio Martínez, quien prendado de la bondad de su carácter y de los vehementes deseos que le animaban de concluir sus estudios, le ofreció su bondadosa proteccion para enviarlo á Europa. El Doctor Uribe, esclavo de los deberes que le imponia su amor filial, renunció tan halagüeña promesa, y guiado por el deseo de ser cuanto antes útil á su madre, que tantos sacrificios habia consumado por él, determinó venirse á esta capital, confiando, con la sencillez propia de quien tiene trece años, que sus buenas intenciones y sus firmes propósitos de abrirse carrera, habrian de triunfar de los obstáculos consiguientes á la falta de recursos, de amistades y de recomendaciones, en una ciudad que se visitaba por la primera vez. A su llegada á Bogotá, tropezó felizmente con dos de sus paisanos que conociéndole, le obsequiaron con la humilde hospitalidad que estuvo á su alcance, hasta que al tercer dia de su arribo, y por la indicacion y ayuda del señor Doctor Patiño, (residente actualmente en el Asilo de Indigentes de esta ciudad) fué admitido en el convento de Agustinos en donde toda la comunidad y muy especialmente, el Reverendo Padre Granados, le prodigaron durante un año que permaneció allí, todas las consideraciones y miramientos á

que sabia hacerse acreedor. Nada, sin embargo, alcanzaba á desviar el pensamiento de nuestro amigo del objeto á que habia destinado todos sus esfuerzos y sacrificios, que era, obtener una colocacion en el Seminario Conciliar, para llegar por medio de los estudios reglamentarios, á la coronacion de la carrera de su vocacion y simpatías que era la eclesiástica.

En uno de esos dias de lucha contra dificultades que toman las proporciones del imposible, y poseido probablemente por el desaliento de su impotencia, el jóven Uribe, meditabundo y cabizbajo, se detuvo en la portería del Colegio Seminario viendo entrar y acaso envidiando la fortuna de los que se preparaban á iniciar sus tareas escolares y que eran recibidos por el señor Rector del Seminario, Doctor Sucre, en el mismo local de la portería del establecimiento. El aire simpático y modesto de Uribe, llamó la atencion del Doctor Sucre, quien le interpelló sobre el motivo de su presencia en aquel sitio. Las contestaciones que obtuvo del jóven le previnieron en su favor, y con conocimiento de sus aspiraciones y de su situacion, dejó caer sobre su corazon, estas palabras que le enloquecieron de alegría: "Tiene usted média veza en el Seminario, véngase hoy mismo con sus cosas, y trate de arreglar lo conducente al pago de la otra média." Como es de suponerse, el jóven Uribe no se lo hizo repetir dos veces; ese mismo dia, estuvo instalado en el Colegio Seminario, y para obviar cuanto pudiera estorbarle la más decidida consagracion al estudio, dió inmediatamente parte de esta buena nueva á su señora madre, bien seguro de que el materno afecto encontraría algun sacrificio que consumir para el pago de la otra média beca. No se engañó, y pudo ya contar con los elementos que necesitaba para poder más tarde retribuir con usura los inmensos sacrificios que costaba su educacion. Tenemos á la vista un precioso escrito de nuestro amigo, fechado en el Seminario Conciliar de esta ciudad el 10 de No-

viembre de 1858, es decir, cuando se acercaba el cumplimiento de sus veinte años, y que dedicado como un homenaje de gratitud á su señora madre, reasume en las confidencias íntimas del hogar, las impresiones de su vida, y seguros de complacer á nuestros lectores, copiamos de ese documento los párrafos más importantes.

“ Los primeros siete años de mi edad pueril fueron gastados un tanto por las enfermedades en que fuí envuelto al nacer, pero durante estos años de inocencia mi madre empleó toda su ternura para conservarme, y usando de amabilidad al mismo tiempo que de justa rectitud, me señaló la via que me era necesario tomar para poder pisar los pórticos del *Jardín Eterno* donde está plantado el inmortal árbol del bien.”

“ Para esto infundió en mi corazón sentimientos de amor, de piedad y de Religion, y trató de acrisolarlo en primer lugar, para luego dedicarse á una empresa que le prometía confianza y le inspiraba fuego y animacion. Constituido en los siete años, ya hacia algun tiempo que me habia sometido á la direccion de una escuela, donde debia aprender los rudimentos de la lengua patria, y ver más claras las ideas que ella me habia dado, de los deberes para con Dios, para conmigo mismo, para con mis padres y superiores y para con la sociedad en general. En efecto, logré buenos directores, y hasta la edad de diez años recibí lecciones en las primarias enseñanzas. Habiendo notado con el tiempo, algun adelanto en las materias de mi primordial educacion, quiso que me instruyera en el idioma latino, correspondiendo así, á los deseos que yo desde niño habia concebido. Ella veía muy alegre, que yo, voluntariamente, habia tomado el carril de las letras, y que realmente deliraba por arribar á un estado que los mismos juegos y recreaciones se lo manifestaban.”

“ Hasta aquí, la época de mi infancia.”

“ En la segunda época de mi juventud redobló su amor y vigilancia para cumplir con el precepto que Dios le impuso, y para demostrar que sí me amaba con un celo maternal. Entré, pues, á estudiar latin con personas particulares, y á la verdad, aproveché notablemente en los dos años que oí las esplicaciones de los dos avanzados maestros que me euseñaban. (Doctor Antonino Tello y don Agustin Grillo.) Creyó luego conveniente retirarme de las clases y llevarme á un establecimiento público donde pudiera consolidar los pequeños conocimientos que habia adquirido con mis primeros directores. En efecto, mi pobre madre ansiosa de mi cabal educacion, sacrificó su tranquilidad y su bienestar, y bañada en lágrimas, me dejó en puntos que distaban algunas leguas de aquel que habia visto mi nacimiento; para mayor seguridad, depositó su confianza en personas extrañas, y encargándolas velásen por mi salud, mi bien, las constituyó como padres, durante el tiempo de su separacion.—Vacilaba al impulso de dos fuerzas; y tenerme á su lado no era conveniente porque una medida semejante frustraba sus esperanzas, tenerme léjos, privada de verme, á cada paso le parecia más duro, porque yo habia sido por tantos años, el único consuelo de su viudez, y mirarme, era mirar la imágen de mi padre que ya dormia en la frialdad de la tumba. ¡ Oh confusion! ¡ Oh amor de madre!—Pero, en fin, calculó las ventajas, las circunstancias y se resolvió á separarse de mí, animada con la dulce esperanza de mi progreso en las letras, y de que mi alma iria diariamente nutriéndose con las santas máximas de la Religion del Dios Crucificado. Tres años pasé separado de mi hogar, creciendo de la sombra benéfica que en él me abrigaba. Yo suspiraba y gemia, porque viéndome léjos, en vano reclamaba los consuelos que me habian alimentado desde mi cuna, en vano llamaba á la que me habia dado un ósculo de materno amor en la frente, al alejarse; en vano, porque la distancia de seis ú ocho le-

guas, cortaba mis voces prorumpidas en medio de la aficcion. A pesar de que en los Colegios donde me educaba (San Gil y Socorro) habia algunos meses destinados á las vacaciones, siempre sufría amargamente, y el asueto era mas bien un principio de nuevas penas, porque consideraba que habia de llegar el día de volverme á ausentar.”

“Con estas fatales alternativas permanecí estudiando en los Colegios provinciales, hasta que mi madre, de comun acuerdo conmigo, dispuso que debía alejarme más, porque solamente sufriendo es que puede el hombre conocer su suerte, resignarse y cumplir sumiso la mision designada por Dios. Si los primeros años de separacion fueron funestos para ella, los que habrian de seguir, tenian que ser doblemente crueles y dolorosos. Si ántes sabia de mí con frecuencia, ahora nuestra correspondencia tenia que sufrir demoras notables, porque la distancia, el tiempo y demas circunstancias, ántes favorables, debian necesariamente variar.”

“Se determinó mi viaje y con las seguridades y auxilios que esperaba de Dios, me arrojé, - pequeño é inesperto aún, - á traspasar las colinas, á atravesar los caudalosos rios que me separaban de mi suelo natal, y á padecer las intemperies de un largo y penoso camino, sin otro fin que el buscar esa felicidad que tánto ambicionaba desde mi niñez, y con más ardor en mi juventud. Me ausentaba del hogar materno para dirigirme á una capital notabilísima que hacia muchos años admiraba porque oía elogiar; á una capital, donde me decían, que el poder, las ciencias y las riquezas ostentaban toda su grandeza; á una capital donde me decían que al lado del lujo y de la ostentacion, habia una multitud de miserables que se arrastraban mendigando por Dios, una limosna para sustentarse. Me encaminaba á esa ciudad cuyas cúpulas realzan el aspecto pintoresco de su situacion, templos magníficos destinados

al culto divino, y en donde á la vez, se ocultan en el recinto de la misma ciudad, altares dedicados á la impiedad, y en donde se quema el incienso de la idolatría, á la inmoralidad y corrupcion. Iba á establecerme finalmente, en una ciudad donde habia riqueza y miseria, poder y abatimiento, Religion ó impiedad, moralidad y disolucion; en una palabra, me dirigia á Bogotá.”

“Llegué por último, á la ponderada mansion, y no tardé en experimentar que era verdad todo lo que se me habia referido. Solo, sin auxilios, sin influjo, sin amistades, solamente protegido con la bondad de mi Dios, comensé, con intrepidez á golpear á las puertas de la caridad; pero ante todo, me postré en la presencia de mi Eterno Protector, y agobiado bajo el peso de mi destino, le dije: “*Señor, yo me he atrevido á aventurar mi desgracia ó mi felicidad, ausentándome de mi rincón natal; yo he dejado la compañía y los halagos maternales, para venir a un paraje desconocido, en donde solo, sin proteccion y sin consejo, he creído de mi deber venir á buscar la decision de mi suerte. Protejedme, Dios mio! y atended si nó á mis súplicas, á los votos fervientes de mi madre con que te implora mi prosperidad.*” Estas, ó semejantes palabras fueron las que vertí, al verme desamparado y expuesto á los peligros que me amenazaban. Dí algunos pasos, y con poco trabajo conseguí acomodarme de una manera regular (en el convento de San Agustín): mis súplicas fueron oidas, y muy pronto conocí que la mano de Dios, era la que me bendecia y hacia llana la senda que transitaba.”

“Eran ya quince años los que marcaban mi frente. Oh! la edad de quince años, la edad tempestuosa que tanta necesidad tiene de freno, la edad que pide barreras de bronce inespugnables para escapar al sitio y á la invasion!”

“Aunque en los primeros años de residencia en la capital,

me ví acometido por varias adversidades, calmábanse sin embargo mis penas, cuando llegaba á mis manos una carta, ó á mis oídos una leve noticia de mi madre. Largas horas pasaba en dolorosas contemplaciones, abrumado de tristeza, y sin más consuelo que ocurrir á Dios, mi constante benefactor."

"Después de tantas alternativas, vino la bonanza, y como el peregrino que recorriendo los estériles y arenosos valles del desierto, al fin, después de redobladas fatigas, logra encontrar un oasis donde reposar al abrigo de las intemperies; así, yo pisé un terreno favorecido por una atmósfera fresca y benigna, y sentí que mi alma acogía más bellas y positivas esperanzas. Esta tierra de promisión era el plantel del Seminario, donde tuve la honra de ser admitido como miembro. Verificóse la entrada, y tan luego como me alisté bajo las banderas de este santo establecimiento, mis pesares disminuyeron y la paz volvió á ocupar mi corazón. En cinco años que permanecí en el Colegio Seminario, no estuve privado por completo de la vista y del afecto inmediato de mi madre, pues el Colegio decretó cierto tiempo para que los alumnos gozaran de descanso y fueran á ofrecer á sus padres, las primicias de sus tareas escolares. Fui, en efecto, á visitar á mi madre, en cada uno de los años, permaneciendo á su lado todo el tiempo legítimamente concedido por el citado plantel y experimentaba, en esos días, un placer tan grande, que mi pluma es impotente para describirlo. Si yo me llenaba de júbilo al abrazarla, ella se llenaba de contento y creía que cada instante le robaba la dicha de tenerme por mucho tiempo cerca de sí. Pero pasaban los días designados para el descanso, y muchos más que yo arbitrariamente me tomaba, y la necesidad del estudio me compelia á volver á ausentarme de mi querido hogar. Este era siempre uno de los actos más tristes y aterradores de mi vida; al aproximarse el momento de la partida, se me presentaba la

balanza en que se equilibraban dos potencias:—el día de la llegada á mi casa—y el día de la partida. Por último, debía yo marchar, y la despedida se hacia difícil, porque mi llanto y el de mi madre, mezclándose, ahogaban nuestras palabras. Qué hacer! Ella balbuciente me colmaba de consejos, y estrechándome en su seno, me decia un adiós que me cubria de luto y derramaba en mi corazón la hiel amarga del dolor.”

“Volvia á Bogotá; las penas y sinsabores del camino, bien se pueden deducir por el instante de la despedida; entraba nuevamente al Seminario á continuar en las vigiliass del estudio, conservando perenne y palpitante el recuerdo de mi madre.”

“En uno de los cinco años mencionados, tuve el gusto y alto honor de ser iniciado para recibir las primeras cuatro órdenes de la iglesia, por las cuales me hacia miembro de ella. Llegó el día de recibirlas, que es uno de los más memorables de mi vida, y me contemplé feliz, porque constituido ya en el estado clerical, hollaba necesariamente los caminos del siglo. Pasó un año despues que se me habian conferido estas primeras órdenes, y repetí mi viaje donde mi querida madre, á los diez y nueve años de edad; el gozo que tuve al verla y oirla, fué tanto más intenso cuanto que mi razon y mi amor filial ocupaban un grado superior. Durante aquellas vacaciones permanecí en un pueblo extraño donde mi madre subsistia, por aquel entónces, y fui bien recibido por sus habitantes, cuyo aprecio obtuve sin merecerlo. Llegado el tiempo en que debía regresar al Colegio Seminario, mi ánimo se encontró vacilante, entre la aceptacion de las deslumbrantes promesas que se me hacian para abrirme una carrera fácil y cómoda en el mundo, ó la continuacion de los serios estudios y de las graves tareas que habia principiado; juzgué conveniente preferir el estudio á todas las comodidades que se me ofrecieran, y convencido de su utilidad, me hice súbdito del plantel. A pocos días de haber entrado al Cole-

gio, decretó éste unos ejercicios espirituales por nueve días, como medida preventiva y creadora del orden y de la moralidad. Estos santos ejercicios avivaron mi fé y mis esperanzas y me volvieron la paz que habia perdido mi corazon; tranquilizaron mi conciencia y sacaron de lo íntimo de mi alma bendiciones de gratitud y de amor hácia mi Dios. Estos días son de aquellos que se perpetúan en una grata memoria que no se apartará de mi alma hasta que mis despojos duerman bajo la yerba losa que ha de guardar mis cenizas”.....

“He dado una idea aunque muy vaga, de mi pasado. Hablar del presente, no está en la esfera de la posibilidad, porque este es un punto indefinible. El porvenir es un misterio; interpretarlo, para mí, es obrar como temerario, pues que siendo desconocido no puede interpretarse. Es cierto que sean cuales fueren las circunstancias de la vida, la contemplacion de lo futuro es un resorte mágico que mueve los corazones de los hombres; ya sea que vivan bajo las decepciones de la fortuna, ó que les halague la prosperidad. Si un hombre inupertérito surca la vasta extension de los mares, cuál es su idea predominante?—No es el temor del pasado, porque lo ha dejado atrás y para él ha desaparecido como la estela de la nave en que atraviesa la inmensidad de las aguas; no es el presente, porque no lo comprende y se escapa cuando lo quiere investigar; es solamente la esperanza de lo venidero, lo que anima y robustece sus fuerzas en las luchas de la tribulacion. Si examinamos á un poderoso y á un labriego, encontraremos que la imaginacion del uno y del otro, están ocupadas por los mismos pensamientos: la esperanza del porvenir.”

“El mismo fenómeno se verifica en mí. El pensamiento de mi porvenir me deja absorto y me hace enmudecer. Yo lo veo brillante, yo lo veo sembrado de ricas flores, pero tambien sé que bajo las flores se ocultan zarzas y espinas punzantes...”

“ Pero debo detenerme. . . jamás me atreveré á conculcar con cínica audacia, los secretos de que no soy custodio ni depositario. El porvenir, repito, es un misterio: quédese en las sombras que Dios no ha querido puedan ser disipadas por la escasa luz de la inteligencia humana.”

En el año de 1860, cuando nuestro distinguido amigo el señor Doctor Uribe tenia apénas veintidos años y seis meses, habia concluido ya los estudios eclesiásticos indispensables para obtener las órdenes sagradas, y su vasta instruccion, sus virtudes y su cultura, le granjearon el decidido afecto de sus condiscípulos, y de sus superiores y la estimacion de su bondadoso y venerable Prelado, el Ilustrísimo señor Herran, quien, en el año que acabamos de citar, lo ordenó de presbítero, en la iglesia de Santa Inés de esta ciudad.

Venido al seno de la iglesia bajo los buenos auspicios de una vocacion sincera, realzada por las eminentes cualidades y buenas prendas que reunia el Doctor Uribe, era de esperarse, como él mismo lo habia entrevisto á los veinte años, que el porvenir solo le guardara luz y flores.

Pero desgraciadamente no fué así. Principió su carrera como ministro del altar, en la época infausta en que las persecuciones contra la iglesia y contra sus ministros, no podian prometerle otra cosa que los azares de una lucha terrible, empeñada en el cumplimiento de su deber, y cuyo resultado más probable habia de ser el ostracismo, cuando nó la muerte.

El 25 de Julio de 1861, fué designado para servir el curato de Guapotá, reemplazando al señor Doctor Pedro Maz, que lo poseia en propiedad. El 28 de Agosto del mismo año, cantó su primera misa en la iglesia de Charalá, yendo así á santificar con el ejercicio de su augusto ministerio, todos los recuerdos, todas las penas y todas las ternuras de su primera

edad, en el sitio mismo donde había visto la luz y donde descansaban las cenizas de su padre.

Por consecuencia de los compromisos políticos que ligaban á la familia Uribe con el Gobierno que acababa de sucumbir al golpe del hacha revolucionaria, y más que todo, por el carácter que le imprimía, en aquella época de desenfreno, la misión sacerdotal de que estaba investido, se vió envuelto en los pliegues de aquella inmensa tempestad, y sin tener ni el más ligero compromiso personal tuvo que huir de Charalá el día 29 de Agosto, para buscar en la montaña denominada de Sogamoso y que queda adelante de Jiron, la seguridad para su vida amenazada por la ira de las pasiones concitadas. Duró oculto, errante en aquella montaña, evadiendo las pesquisas de las comisiones que en busca suya se destacaban constantemente de Jiron, por el espacio de seis meses. Para los que conocimos de cerca el carácter culto, apacible y bondadoso del Doctor Uribe; para los que supimos cuánto quiso y veneró á su respetable madre, no es difícil calcular cuántos serian los sufrimientos de todas clases que tuvieron que torturar su alma y fatigar su cuerpo durante ese medio año, en que estuvo privado no solo de los recursos más necesarios para la vida, sino hasta de la más leve noticia de su hogar, sobre el cual debía suponer y con razon que amagaban las mismas injustas iras de que él era víctima.

Cansado de llevar esa vida errante y llena de sobresaltos tan contraria con sus hábitos y tan opuesta al testimonio de su propia conciencia, resolvió arriesgarlo todo, y al efecto se dirigió á Bucaramanga, á tiempo que el General Eustorgio Salgar ocupaba aquella poblacion. Presentóse á dicho Jefe, quien despues de adquirir el conocimiento de que sobre él no pesaba cargo alguno que pudiera comprometerlo, lo autorizó para que fuese á residir en su curato de Guapotá, -á donde se

trasladó inmediatamente, á tiempo que se acercaba la cuaresma del año de 1862; poco pudo permanecer en aquel beneficio, pues á pesar de su exclusiva consagracion al bien espiritual de sus feligreses y del afecto con que éstos pagaban sus esfuerzos, á la sétima semana de residencia allí fué asaltado por una guerrilla comandada por hombres desalmados é impios que quisieron sacrificar su vida, por el sólo hecho de ser sacerdote, lo que consideraban como un crimen. El apoyo afectuoso de sus amigos pertenecientes á todos los bandos políticos, alcanzó á salvarle en esta ocasion del riesgo tan inminente como grave que le amenazó, y temeroso, como sus amigos, de nuevas escenas de esta especie, huyó de Guapotá y fué á refugiarse en la parroquia de Charalá, en donde tuvo conocimiento de que su casa habia sido atropellada y su señora madre despojada de ella, para convertirla en cuartel. Despues de dos meses de residencia en la parroquia de su nacimiento, y por muerte del señor Doctor Gómez, cura propio, obtuvo el Doctor Uribe el nombramiento de interino de dicha parroquia, en cuyo destino permaneció algo más de un año. En este tiempo, y aprovechando la calma que por primera vez reinaba en su situacion, se esmeró no sólo en granjearse las simpatías y buena voluntad de todos los vecinos, correspondiendo á las esperanzas que sus amigos habian fincado en él, sino poniendo en accion todo su celo y laboriosidad tanto en favor de los fieles, como del culto divino encargado á su cuidado; los frutos de moralidad inculcada por él, fueron grandes; mejoró notablemente la iglesia, y dió las primeras pruebas de su desinteres verdaderamente evangélico, destinando la mayor parte de los rendimientos del curato para socorrer á los desheredados del mundo.

Por nombramiento en propiedad hecho en el Doctor Francisco Gutiérrez, se retiró el Doctor Uribe de Charalá y pasó á servir el curato de Riachuelo, en el que solo perma-

neció por el espacio de seis meses, viendose obligado á abandonar por las persecuciones que de nuevo vinieron á asaltarle, so pretexto de que no habia prestado el juramento, con que una ley tan despótica como inicua pretendió avasallar la independencia y dignidad del episcopado y clero de la República. Buscó de nuevo, asilo contra la tempestad, en Charalá, en donde solo permaneció dos meses en esta ocasion. De allí partió á servir la parroquia de Isino, por órden de su Prelado, y en esta, como en la de Riachuelo,—dejó su memoria en obras reales hechas en favor del vecindario en general, de los pobres en particular y en beneficio de la iglesia. Una enfermedad de carácter muy grave y que amenazó sériamente sus dias, lo obligó á retirarse de este último curato, que solo pudo servir por tres meses, para volver á Charalá, que en todos los trances penosos de su vida le prestó la hospitalidad generosa, propia de una madre, para con el predilecto de su corazon. Restablecida un tanto su salud, y cediendo á impulsos de su deber, abandonó el suelo natal, y en union de su señora madre, se puso en camino con direccion á Bogotá, á donde llegaron en los primeros meses del año de 1863. A muy poco tiempo de radicado en esta ciudad, tomó parte en una mision que daba en el barrio de las Niéves, su cura Doctor Echevarri; allí principió el Doctor Uribe á hacerse conocer de los fieles de esta culta poblacion, y á granjearse las simpatías de sus habitantes, que desde sus primeros pasos presintieron en él al caballero honrado y culto y al sacerdote humilde, virtuoso, manso y consagrado. Fué luego designado por el señor Provisor Doctor Toscano, al distrito de Usme, en donde estuvo dos meses, al cabo de los cuales se le ordenó pasase á acompañar al cura de Siquima. Pocos meses despues regresó á esta ciudad destinado á servir de capellan de "Las Aguas" y dar misiones: fueron

entonces, sus trabajos fueron tan asíduos y constantes en el desempeño de su ministerio, que al cabo de diez meses hubo de suspenderlos para ir á reponer su salud quebrantada, en un temperamento templado; de regreso, desempeñó por diez y ocho meses más, aquella capellanía, sin que lo muy exíguo de los resultados pecuniarios que le producía, minorara en nada su consagración y su celo, y sin que por eso dejara su mano de estar abierta, como lo estuvo siempre, para los infelices, á quienes no sólo socorria con sus dádivas, sino también amaba como hermanos y consolaba como padre.

Dejó la capellanía de "Las Aguas," para ir á ocupar el puesto de prefecto y catedrático en el Seminario, y allí, recogiendo los recuerdos del tiempo en que había sido estudiante, puso todo su esmero y todo su conato en obtener para sus discípulos los mayores progresos posibles, anteponiendo el título de amigo á la severidad del superior.

A los seis meses dejó con profundo sentimiento el puesto que ocupaba en el Colegio Seminario, y pasó á ejercer el honorífico destino de Secretario del Concilio Provincial, para que había sido elegido, y en el desempeño del cual dió la mejor demostración de la claridad y lucidez de su inteligencia y de sus vastas aptitudes.

Terminadas las sesiones del Concilio, y no pudiendo aprovechar, por insuperables dificultades, la propuesta que le dirigió el Ilustrísimo señor Bermúdez para que se hiciera domiciliario del Obispado de Popayan, se encargó de la capellanía de la Veracruz, que sirvió por algo más de un año, con ese celo infatigable con que el Doctor Uribe sabía dar las mayores dimensiones y la mayor importancia, hasta á los más pequeños detalles relacionados con el culto divino.

Nombrado cura interino de la parroquia de Las Nieves

de esta ciudad, por muerte del ilustrado y benemérito sacerdote Doctor Urbano Espinosa, dejó la capellanía que tenía á su cargo, y entró á desempeñar el beneficio.

Si hubiéramos de detenernos en la narración prolija de todos los hechos con que el Doctor Uribe honró el puesto que se le habia confiado, y se granjeó por sus virtudes prominentes todas las simpatías del vecindario, sin escepcion de clases ni partidos, tendríamos que renunciar á nuestra obra. Los frutos de su consagracion, los resultados de su caridad, lo infatigable de su celo y lo sólido y verdadero de sus virtudes, lo han proclamado de una manera irrecusable, los infinitos testimonios de veneracion y de cariño con que todo un pueblo le obsequió durante su vida y muy especialmente en el tiempo de su desgracia y enfermedad, y las lágrimas de sincero duelo, con que la poblacion más culta de la República ha lamentado su muerte. En el trascurso de dos años que administró el curato fueron numerosos los frutos de moralidad que obtuvo, no solo con la predicacion del evangelio sino tambien con la práctica de las virtudes que en él se prescriben; fundó las congregaciones de San Luis y de María, destinadas á enseñar á los niños de uno y otro sexo el cumplimiento de sus más sagrados deberes, é inició la Escuela de Cristo, como un medio más, que ponía á disposicion de los fieles, para obtener la perfeccion en la virtud; á todas horas estuvo siempre, con agrado, á la disposicion de los que lo necesitaban, y la pobreza de sus feligreses léjos de ser obstáculo para el ejercicio de su ministerio, le sirvió, más de una vez, de motivo para practicar su generosa caridad. Fué por todo esto, que cuando se trató de proveer en propiedad el curato de Las Niéves, en 1875, los vecinos todos, de aquella seccion de la capital, se esforzaron supremamente,

para obtener del Prelado, la designacion del Doctor Jesus María Uribe, para dicha iglesia....

No habiendo alcanzado su objeto, las representaciones elevadas al Ilustrísimo señor Arzobispo, por las señoras, por los hombres, casi sin escepcion, del vecindario de Las Niéves, y por los niños y niñas de las congregaciones, fué nombrado el Doctor Uribe, cura propio de Santiago de Tunja, á donde se dirigió á principios de Enero de 1876, recibiendo ántes las más elocuentes y desinteresadas demostraciones del sentimiento unánime que producía su separacion de esta ciudad. En los numerosos documentos que entónces vieron la luz pública, como testimonio de justicia hecha al mérito del digno sacerdote, se ve corroborada esta verdad bajo firmas muy respetables.

Por espacio de tres años sirvió la parroquial de Santiago, con la misma laboriosidad con que habia servido la de Las Niéves, y que le era habitual en todo lo relacionado con el desempeño de las altas funciones de su ministerio; fundó las mismas congregaciones que habia fundado ántes aquí, y con los procederes desinteresados, cultos y esencialmente caritativos que le caracterizaban se ganó no sólo la estimacion sino el cariño de todos los habitantes de la importante capital del Estado de Boyacá. Renunció este beneficio, porque á pesar de ser sumamente modesto en sus gastos personales, sus fondos propios estaban agotados ya, y el curato, en extremo pobre, no le producía ni lo más preciso para cubrir sus necesidades y atender á los gastos que demandaba la enfermedad de su señora madre, que acompañándole á todos los curatos de que estuvo encargado, era un título de respetabilidad agregado á los muchos que él llevaba en sí mismo. Conocedores los vecinos de aquella parroquia de la renuncia hecha por el Doctor Uribe, y de las causas que la motivaban, representaron al Ilustrísimo Señor

Arzobispo, en términos muy honrosos para su párroco, solicitando una pequeña subvención de la renta de diezmos destinada á auxiliarle, porque en ningún caso querían que el Doctor Uribe se separase de ellos. Decretada desfavorablemente la solicitud de los vecinos, como ántes lo había sido, por las influencias de una mano enemiga, la petición que los mismos vecinos dirigieron en Tunja al Prelado, cuando regresaba de la visita, para que cediera en favor del cura de Santiago, una pequeña suma que el Gobierno reconocía á la iglesia y pagaba á la curia, no quedó al Doctor Uribe, otro camino que el de separarse de los vecinos, á quienes amaba con agradecimiento, para ir á buscar en otra parte el pan cotidiano que partía con su madre.

Damos testimonio de los recuerdos gratos que el Doctor Uribe conservó siempre de la ilustrada y buena población de Tunja, que le prestó cooperación tan activa, en la obra de moralización, que como sacerdote emprendió, cooperación á que no fueron extraños los mandatarios mismos de aquella sección, y que tanto contribuyó á la esplendidez de las funciones del culto, y al provecho moral de aquella grei.

El exceso de trabajo que el Doctor Uribe se impuso voluntariamente durante la semana santa del año de 1879, que fué la última época de su permanencia en Tunja, como cura, quebrantó gravemente su salud, y por prescripción de los facultativos, se retiró al pueblo de Ramiriquí, donde al propio tiempo que recuperaba sus fuerzas, desplegó toda la actividad que era posible, para fundar un Colegio de niños, destinado al adelanto é instrucción de la juventud de aquel Estado. Permaneció al frente de aquel plantel, sin dejar por eso de atender á los deberes sagrados del ministerio sacerdotal, con todo el esrupulo que le era propio, hasta que aniquilada su salud, y

agotados mas que nunca sus recursos por los cuantiosos gastos que habia sido preciso hacer para aliviar en algo las dolencias cada vez mayores de su madre, resolvió trasladarse á esta ciudad á principios del año de 1880.

El deseo y la necesidad de abrirse camino y llegar á una posicion permanente, que satisficiera las exigencias de su espíritu, nada ambicioso por cierto, lo hizo figurar como opositor en el último concurso, y entónces obtuvo el curato de Pandi. La suerte adversa que le persiguió sin tregua, habia coronado sus supremos esfuerzos con un sarcasmo más.

En Pandi aconteció al Doctor Uribe lo que era de esperarse: el desaliento de una lucha estéril, en que fué siempre víctima, caló hasta las profundidades de su alma, y torturado por supremas tristezas, agotó los últimos perfumes de su alma, y la agonizante energía de su espíritu, en las empresas de moralidad y de impulso evangélico que pretendió imprimir al pueblo confiado á su cuidado; pero los tormentos habian agotado la savia poderosa de su vida, y allí, como el arbusto delicado de nuestros climas frios, trasplantado á ardientes arenales, y bajo un cielo abrasador y enemigo, exhaló el último aroma que contenia su vida, y agobiado y consumido en el espíritu y en el cuerpo, se vino á Bogotá, como para pedir al afecto de sus amigos la reanimacion de su valor.

Llegado á esta ciudad, elevó al Prelado una cortez solicitud en que pedia se le admitiera la renuncia del curato, y se le concediesen letras dimisorias para el Obispado de Tunja; la renuncia le fué admitida y se le negaron las dimisorias. Era la última sombra que debia interponerse entre el sol de la justicia y el mérito del Doctor Uribe.

Desde este momento, la declinacion de su existencia fué tan rápida como sencible; los sufrimientos del alma anonada-

ron el cuerpo y las decepciones vencieron la energía. Pobre, muy pobre, hubiera carecido de todo, hasta de lo más indispensable, si la afectuosa mano de la caridad cristiana, no hubiera velado al lado de su lecho y el de su pobre madre.

El Doctor Uribe, como todo hombre de relevante mérito, tuvo detractores porque tuvo envidiosos; soportó injusticias y se resignó al olvido á que le condenaron sus superiores en el orden gerárquico, porque abrigaba el convencimiento de que el reinado de la justicia no es de este mundo.

Ocupó con lucimiento puestos importantes á que le llamaron las personas más competentes para juzgarle. Fué Secretario del Concilio de esta provincia eclesiástica, por designacion hecha por la mayoría de los vocales de la misma corporacion. Acompañó como Secretario, al Ilustrísimo señor Doctor Vásquez, Obispo de Panamá, al último Concilio general reunido en Roma, y durante su permanencia allí, tuvo por tres veces la fortuna de ser acariciado por el inmortal y venerable Pontífice Pio IX que con su penetrante mirada de anciano, comprendió al jóven y estimó al hijo. Tenemos evidente persuacion de que si la muerte no hubiera anticipado el golpe infausto, nuestro sentido amigo habria encontrado en el Obispado de Tunja (supuestas las dimisorias) grandes horizontes abiertos á la prosperidad que merecia, y campo vasto y fecundo en que ejercitar sus virtudes, su talento y su mérito, en honra del clero á que pertenecia, en beneficio de la iglesia que tanto amaba y á la que habia consagrado su vida toda y todos sus desvelos.

Todos sabemos en Colombia, cómo fué calumniado el Doctor Uribe, y acaso no hay nadie que no sepa ó no sospeche cómo, dónde, por qué y por quiénes fué forjada la calumnia, que sólo sirvió para hacer con la figura del calumniado, el efecto que las sombras causan en un cuadro esplendente de

luz, la destacan, la realzan. Todos sabemos que el soplo de la verdad arrastró y deshizo sin esfuerzo, esa nube de vapores infectos, que pretendió pasar como una sombra por sobre su cabeza, pero todos, y particularmente sus amigos, sabemos también, que esa infamia satánica envenenó sus horas y disipó sus alegrías.

Dos pensamientos, por decirlo así, reasumieron su vida: el cumplimiento de sus deberes sacerdotales en favor de los creyentes y por consiguiente de la iglesia, y el amor á los pobres; al primero consagró todos sus esfuerzos y su actividad, sirviendo con desvelo los beneficios que estuvieron á su cargo y dando cuarenta y dos misiones, sin perjuicio de las multiplicadas ocupaciones que se imponía, como director de congregaciones, como predicador y como consejero y amigo de todo el que necesitaba de sus luces ó de sus servicios; y al segundo consagró, no solo sus pequeños ahorros, sino hasta lo más indispensable de su ropa y su menaje.

Conmover y espantoso nos atrevemos á decir, fué el espectáculo que presentaron los últimos días del bondadoso sacerdote, cuya muerte lamentamos. En presencia de su pobre madre que inutilizada para aliviarle, seguía paso á paso los progresos de su mortal enfermedad, y pretendía en vano, oponer sus afectuosas lágrimas al poder inflexible de la muerte, el sensible corazón del hijo debió agotar todas las amarguras de un dolor infinito, aliviado solo por sus grandiosas esperanzas en la Providencia, que había de velar por la autora de sus días, á quien tanto amó, y á quien ahora se veía precisado á dejar sola, pobre, inutilizada por la enfermedad física y combatida por un supremo dolor del alma. Sin más riqueza que la simpatía, el respeto y la estimación que habían sido el resultado de su vida evangélica, dejó por única herencia á su señora

madre, la prescripción de no separarse del barrio de las Niéves, haciendo así justicia, hasta en sus esperanzas póstumas, á las mil demostraciones con que este vecindario honró su vida y continuará honrando su memoria en la digna persona de su madre.

El sábado diez del mes de Diciembre en curso, todos los síntomas de un fin próximo estaban marcados en su fisonomía abatida y masilenta; seguro él mismo, de que su hora suprema se acercaba, se hizo administrar, desde muy temprano, el sacramento de la penitencia, recibió á las siete de la mañana el sagrado viático, que acompañaron numerosas personas, y esperó tranquilo, y rodeado de todos los auxilios de la religión, el cumplimiento de su misión transitoria por el valle de lágrimas. A las tres y média de la tarde de ese mismo día, sus ojos se cerraron con el sueño de la muerte, y su alma descansó en el seno de Dios.

El fallecimiento del Doctor Uribe que tan honda pena ha causado á sus amigos y á todo corazón generoso, fué anunciado en el barrio de Las Niéves, por la demostracion exterior de luto espontáneo y general colgado á todas las puertas y ventanas. Una numerosa concurrencia compuesta de todas las clases sociales, se reunió en torno de la casa que guardaba el cadáver, y las escenas más tiernas de un afecto sincero, ofrecieron su tributo de agradecimiento y dolor á la memoria del amigo y al recuerdo del protector y consejero, á quien unos debian cariño, otros consuelos, y muchos los socorros de su inagotable caridad. A las siete de la noche del citado dia, fué conducido el cadáver á la iglesia parroquial de Las Niéves, entre un concurso de más de mil personas, cuyo recogimiento dejaba comprender el sentimiento que las dominaba, y allí fué recibido por el señor Cura, quien le cantó una vigilia solemne.

Aunque no se contaba con suma alguna con que hacer frente á los gastos consiguientes, los amigos del Doctor Uribe y hasta muchas personas que apenas le conocieron, tomaron una participacion muy activa en preparar cuanto fué necesario, para que el servicio fúnebre se hiciera con toda la solemnidad que exigian, tanto los méritos del difunto, como la dignidad del vecindario. El dia once, estaban como la vispera, enlutadas las puertas y ventanas de todas las casas del barrio, y á las once de la mañana, una concurrencia de ocho mil personas, por lo ménos, llenaba la iglesia, el atrio, la plazuela contigua y las calles adyacentes. Una comision especial, se encargó de abrir una suscripcion entre los concurrentes, para pagar con su producto los numerosos gastos del entierro, y no solo se obtuvo un gran número de personas inscritas, sino lo que es más, sabemos que el monto total de la suscripcion fué cubierto espontáneamente y alcanzó al gasto ocasionado. Los oficios se celebraron con asistencia de todas las personas que pudo contener la iglesia, y entre las cuales figuraba un número tan reducido como selecto de eclesiásticos; concluida la funcion á las doce y média del dia, desfiló el convoy fúnebre con direccion al cementerio, guardándose este órden: precedian al carro mortuorio dos largas filas de artesanos é industriales, que prescindiendo de la necesidad de descanso, despues de sus labores de toda la semana, venian á cumplir con el último deber de agradecimiento y de amistad; en seguida marchaba el carro guiado por dos caballeros y custodiado por seis más; el personal de escuelas de ámbos sexos; diez niñas que cargaban la tapa del ataúd; muchas señoras que formaban parte del convoi y por último, los numerosos señores que turnándose, llevaron en hombros el cadáver desde el templo hasta el cementerio, — en donde algunos de sus amigos dirigieron á los restos mortales del preclaro difunto, justas y sentidas expresiones de despedida.

La conciencia popular, tan imparcial como segura en sus apreciaciones, ha pronunciado su fallo decisivo sobre la tumba del sacerdote, que un día, en desempeño de su augusto deber, reunió primero en el local de "Las Aguas" y mas tarde en San Diego, más de cuatrocientos infelices en cada ocasion á quienes dió por espacio de nueve dias, pan y vestido para el cuerpo, consuelo y luz para el alma; cuyas lepras bañó con cariñosa mano, y á cuyas lágrimas mezcló su sincero y caritativo llanto; del sacerdote desinteresado, que amigo de todos, nunca negó á nadie, cuanto la más fina amistad puede ofrecer, y procediendo así, el pueblo se ha hecho justicia, honrándose á sí mismo en la memoria de uno de sus mejores servidores y amigos.

Bogotá, 27 de Diciembre de 1881.

L. M. H.

Damos á continuacion los discursos pronunciados en el cementerio.

El señor Jesus Pinzon Zaldúa, dijo :

Quod scripsi scripsi.

Lo que está eserito, está escrito.

El dolor es como el agua de los ríos, mientras más extenso ménos profundo y más llevadero.—F. J. C.

"El es.

Señores! nada más natural que nacer y morir, sí! pero tambien nada más conmovedor ni más sensible que la transición de aquellos séres privilegiados y protectores de la sociedad á un punto ó lugar ignorado que llamamos eternidad!

presentaban en sus ojos lágrimas puras como elocuentísimos testigos de un sentimiento honrado, —preciosas perlas que solo es dado producir en el crisol de un corazón sensible.

“Pero esas manifestaciones de pena, no eran causadas por sufrimientos y decepciones en su persona; era que el ajeno dolor, el pesar ajeno, eran para él el pesar y el dolor propios; era que esa alma, templada en la virtud y en la bondad, amaba al prójimo como á sí mismo, por organizacion y por hábito.

“Y cuando tocaba en sus propias puertas el enemigo que á todos nos persigue, como tocó casi constantemente, él sabia, si no auyentarlo, hacer ménos sensible su presencia por medio de la resignacion de un verdadero cristiano. El, entónces, invocando el nombre del que todo lo puede, guardaba su propio sufrimiento en lo más recóndito de su espíritu y raro, muy raro era oírle exhalar una queja.

“La caridad, ese dulce y purísimo bálsamo con que la humanidad cura todas las heridas, ese consuelo supremo con que cuenta en el mundo el desvalido, era una necesidad en el señor Doctor Uribe, y la practicaba siempre como se debe: con cariño y sin ostentacion.

“Y la ejercitaba, así con el poderoso haciéndole conocer sus errores sin humillarlo, como con el pobre, á quien alegraba con la luz de la esperauza que le hacia acariciar con justicia.

“La calumnia y la envidia, que siempre persiguen al mérito y la virtud, llegaron cobardes hasta querer mancillarlos; pero él siempre los despreció, ya porque no creía en la existencia de esos sentimientos viles que nunca tuvieron asidero en su corazón, ya porque estaba armado con la verdad y la conciencia social honrada, que unánime lo apoyaba.

“En mi concepto y en el de personas respetables, poseía el señor Doctor Uribe todos los títulos para ocupar una eleva-

da posición en la gerarquía eclesiástica: ciencia y virtud. Sin embargo, nunca tuvo una aspiración vana, ni dejó de cumplir su sagrada misión como ministro del culto por humilde que fuera su puesto y por grandes que fueran las decepciones que lo afectaran.

“Ha muerto joven y pobre; deja en desamparo á una madre á quien siempre respetó y amó y á quien consagró sus esfuerzos como hombre.

“Señores: Yo me atrevo á consignar aquí una idea por estimarla justa: así como el poder civil acoge á las viudas y á los huérfanos de los que han muerto en servicio de la Patria así creo que el respetable poder eclesiástico debe imponerse la obligación de amparar y socorrer, no solo con los consuelos de la Religión, sino con los medios físicos necesarios. á la madre que deja en desamparo el ilustre sacerdote que tanto sirvió á la Iglesia.

“Así, haría justicia, haría siquiera el reconocimiento póstumo de los merecimientos del señor Doctor Uribe, y este sería un timbre de honor para el distinguido clero de Colombia.

“Adios, querido amigo! Reposa en paz y disfruta en el seno de Dios de la ventura que te fué negada en la tierra.”

EMILIO HAMON.

Bogotá 11 de Diciembre de 1881.

El señor doctor José Segundo Peña.

Señores: No vengo á pronunciar un discurso preparado por el estudio, no pensaba siquiera hablar una palabra, porque la congoja de mi espíritu en presencia de este féretro, no me daba ánimo para ello; pero invitado por la honorable Junta

de fábrica para decir un adios, aquí en los umbrales de este respetable recinto de la muerte, al virtuoso sacerdote Doctor Uribe que fué en dos épocas cura rector de esta parroquia, no puedo dejar de hacerlo.

“El Doctor Uribe sacerdote jóven é ilustrado mereció el honor de ser escogido por el Ilustrísimo Prelado para reemplazar al cura en propiedad en época determinada; fué entonces que desplegó sus dotes eminentes como predicador, como confesor, como administrador en que brillaba su ilustracion, su dulzura, su celo infatigable, su vasta ilustracion, á la par con su notable humildad, y su modestia de niño. Distinguió al Doctor Uribe un gran desprendimiento, por eso sin aguardar remuneracion prodigaba el bien, como los apóstoles. Los beneficios que como párroco hizo en la iglesia que se le encomendó, son recordados con gratitud por este populoso vecindario. Fundador de las congregaciones, cosechó en ellas ópimos frutos que se habrán convertido en brillantes coronas allá en las moradas de la justicia eterna: amigo de los niños ellos lo amaban con ternura, y él á imitacion de Jesucristo los congregaba en torno suyo consecuente con las dulces palabras de Jesus: “Dejad á los niños que vengan á mí.”

“El Doctor Uribe era ejemplarmente humilde, desprendido de los pobres oropeles de orgullo no hacia distincion entre el pobre y el rico, y si llegó á hacer diferencia entre ellos, fué para estrechar con mayor efusion la mano temblorosa del menesteroso y del necesitado: el Doctor Uribe se sentia como á oscuras cuando la necesidad lo obligaba á pisar los ricos tapises del poderoso, y se le veia festivo, desplegando las dotes notables de su claro espíritu, en la modesta casa del hombre de modesta fortuna ganada con el sudor de su frente, ó en el humilde taller del artesano.

“Después de su viaje á Europa que aprovechó notablemente, fué por segunda vez pároco de las Nieves y entonces completó varias de sus mejoras iniciadas ántes.

“Si alguna vez la calumnia vil, la pobre calumnia tal baja como villana, clavó el diente carnívoro en su talon, y lo hizo derramar amargas lágrimas de dolor, no arrancó jamás amagos de venganza, ni duras palabras de sus lábios benignos, su alma acongojada confiaba en el Dios de la justicia infinita, y como sacerdote cristiano, ponía la suerte de su causa en manos del que todo lo vé y confiaba en su justicia divina. Así triunfó.

No faltaron entonces hombres de corazon bien puesto, que interponiéndose entre la calumnia y el inocente levita del Señor hicieron triunfar su causa y la Iglesia vió florecer la azucena de la inocencia, de su sacerdote y su esposa como sucedió allá en los tiempos bíblicos.

“El Doctor Uribe fué un hijo amoroso y ejemplar, su pobre y anciana madre que lo llora postrada en el lecho del dolor, era el objeto de todos sus desvelos.

“Si las virtudes del Doctor Uribe hubieran necesitado de certificacion durante su vida en ocasion solemne, mereció el honor de recibirla de uno de los más notables miembros del clero de la arquidiócesis de Bogotá, el manso, el benigno y el ilustrado señor Doctor Urbano Espinosa, que cuando caminaba paso á paso á la eternidad que veia llegar tranquilo en su lecho de dolor, suplicó como un servicio á los feligreses, fuera el Doctor Uribe quien lo reemplazara y así sucedió.

“Si se necesitara una porción póstuma de sus virtudes aquí la teneis espléndida. . . . La espontaneidad de la magnífica y populosa concurrencia á los honores fúnebres, demuestra que aquí vienen á llorar su muerte todas las clases sociales: la viuda, la esposa, el comerciante y el obrero; el majistrado y el

alfo, el rico y el pobre. Mirad si nó á más de dos mil personas postradas ante su féretro, para depositar sobre la losa fría de su humilde tumba, lágrimas sinceras de dolor. Cuando un pueblo se congrega así, para regar de fúnebres coronas el camino del sepulcro, dice con la elocuencia de la verdad, que aquél á quien tributa ese honor, lo merece bien.

“ Doctor Uribe! recibid el sincero adios que con el corazon hecho girones viene á deciros el que fué tu amigo y pudo admirar de cerca tus méritos y tus virtudes. Adios! adios!”



El señor Lázaro M. Herran:

“ Señores: Descubrámonos con respeto y deferencia ante ese cadáver, de cuya frente no han alcanzado las huellas de la muerte á borrar los destellos de la virtud, sincera é inquebrantablemente practicada.

“ Plegar ante el golpe inevitable de la guadaña, como plegó el señor Doctor Jesus María Uribe, no es haber caído en las desfallecencias del vencimiento, sino haberse levantado triunfante en las regiones luminosas del espíritu inmortal.

“ Y él triunfó dos veces: como hombre y como apóstol.

“ Como hombre, desprendiéndose de esta cubierta material que nos tortura y nos angustia, que nos entristece y nos abate, para ir á encontrar el cumplimiento de sus sublimes esperanzas en las promesas infalibles del Dios tres veces santo,— del Dios de los católicos.

“ Esto no es haber caído sino haber triunfado.

“ Como apóstol, dedicó á la causa de sus profundas convicciones toda la sávia de su juventud, toda la energía de su vida, todos los esfuerzos de su espíritu, toda la amplitud de sus horizontes intelectuales y toda la luz de sus virtudes.

“Soldado infatigable de la Cruz, lidió sin tregua, al pié de su bandera, y recogió en abundancia los modestos triunfos evangélicos, prometidos á los hombres de buena voluntad.

“Batallado con el testimonio de su conciencia, apoyado en el cumplimiento de su deber, amado y respetado por su grey, él mismo no alcanzó á apercibirse de que su fructuosa predicacion, y más que todo, su ejemplo evangélico, le habian constituido en poderoso muro contra las devastaciones de la iniquidad.

“Y hubo una hora,— ¡ Oh quien pudiera borrar el funesto recuerdo de esa hora de tinieblas !

“Y hubo una hora en que el nombre del justo fué pronunciado con profanacion y con ódio en las siniestras sombras de una orgía.

“El cesarismo, resúmen, por desgracia, tan frecuente de nuestras más augustas libertades, le eligió por su víctima, y lanzó los rayos de su ira, pretendiendo descuartar los cimientos del templo y herir al sacerdocio para ultrajar al Cristo.

“El poder impío se ligó con la calumnia cínica y resolvieron perderle arrojando á su frente el lodo de la infamia, en forma de la más injusta y más audaz acusacion.

“La obra de la iniquidad fué impotente para mancillar su honor y eclipsar su virtud, pero sí alcanzó á prepararle su calvario.

“Sabido es, señores, que el calvario es redencion y es esperanza; es sacrificio y es victoria.

“Ciñeron su corazon con la corona de todas las tristezas; envolvieron su alma en la túnica de las injusticias; hicieron pesar sobre los hombros de su espíritu la cruz del infortunio de la miseria y del dolor; le brindaron la hiel de las amarguras y lanzaron en su camino un sudario y un mármol sepulcral.

“El,— discípulo,— no desvió un momento su conducta de la marcada por el Maestro.

“Resignado y humilde depositó toda su esperanza en el Altísimo, y esperó la hora infalible de su justicia.

“Y esa hora suprema acaba de sonar para él, en el cuadrante de la eternidad.

“Aquí, el sincero dolor, el espontáneo sentimiento de un pueblo, que llora su ausencia, que magnifica sus virtudes, que honra su memoria, que guarda y que venera su ejemplo.

“Allá, los resplandores infinitos del Señor, en cuya presencia es grata la muerte de los justos.

“Esto no haber caído sino haberse levantado triunfante.

“Y él triunfó dos veces, — como hombre — y como apóstol.

“La última lágrima que rodó por sus mejillas, cuando su alma se extasiaba ya con la vision sublime de la resurreccion en Dios, fué arrancada por el amor filial, fué para su virtuosa madre, que anciana, empobrecida, enferma y con el alma destrozada por todos los dolores que caben en el dolor humano, quedaba sola, privada de sus consuelos y su apoyo.

“Señores: que el óbolo de la caridad cristiana, que ensalza á quien lo dá, y eleva al que lo recibe, sea el último tributo con que honremos, en la venerable anciana, los recuerdos del amigo á quien quisimos, y el mérito del sacerdote á quien supimos estimar.”

Bogotá, 11 de Diciembre de 1881.

El señor Manuel José Plata:

“Señores: En mi propio nombre y en el de la clase pobre á que tengo la honra de pertenecer, vengo á llenar un deber de gratitud y justicia. El señor Doctor Uribe, noble y grande por la mision que le confiara el cielo, amó de tal suerte la pobreza y la humildad que las hizo sus nobles y generosas compañeras.

Vivió pobre y murió pobre, nada tuvo; pero habia de llegar para él un dia en que debian terminar todos sus padecimientos y principiár la gloria para su alma en el cielo y el réconocimiento á sus virtudes en la tierra.

“ Me parece verlo instruyendo á los niños. Con qué ternura hablaba á estos renuevos de la sociedad el lenguaje de la inocencia, y cuánto se energizaba al tener que dirigirse á los corruptores de la niñez.

“ Por los pobres mendigos sentia tal compasion, que los amaba con exquisita bondad, los atendia con paternal cuidado y los enseñaba y socorria con el más profundo esmero.

“ Angel de caridad! nadie tocó á sus puertas en vano; todos encontraban en él un amigo sincero que cargaba sobre sí las penas ajenas, el sacerdote dispuesto á seguir donde la necesidad lo reclamara y el héroe cristiano que enjugaba las lágrimas de la afliccion y la pobreza.

“ Su trato ameno y galano daba franca puerta á todo el que quisiera verse favorecido con su amistad. Hasta su presencia era dulce como la sonrisa de un niño y solamente podian aborrecerle los que no conocian sus méritos, y más de cuatro de sus enemigos volvieron la espada á la vaina avergonzados viendo que no podian derribar este coloso que estaba favorecido por Dios y escudado con la virtud.

“ El señor Doctor Uribe tuvo un alma templada en el crisol del sufrimiento. Generoso y desprendido hasta de lo necesario para la vida pasó haciendo el bien, y los niños, los jóvenes y los ancianos porfian hoy por llenar su irreparable pérdida y cada cual se hace el deber de encomiar sus virtudes. Solo la Religion Católica tiene en su seno héroes de la talla del que venimos admirando. Alabemos por esto al Señor autor de todo bien y origen fecundo de toda virtud.

“Señor Doctor Uribe: Si un vaso de agua dado en nombre de Dios tiene por premio á Dios mismo, qué premio, qué recompensa merecerán tus obras? mereces con la posicion de Dios la corona de la inmortalidad y la gratitud de los que te recuerdan en la tierra.

“He dicho.”

El señor Ignacio Amat:

“Señores:

“La sociedad conmovida viste hoy con los fúnebres crespones del dolor!-----

“La muerte de un verdadero apóstol de Cristo nos ha traído á este lugar sagrado que nos recuerda la nada de nuestro ser y en que, por una ley providencial y misteriosa, el polvo del grande se confunde con el polvo del pequeño.

“El señor doctor **JESUS MARIA URIBE**, mi ilustre catedrático y mi sincero amigo, ha desaparecido de enmedio de nosotros. Ha dejado de existir este abnegado ministro del altar, que ‘fué en nuestra sociedad una especie de ángel Rafael que guió á muchos Tobías por el camino de la virtud, curó muchos ciegos de alma que no veían las claridades del cielo, y salvó á muchas Zaras de angustiosas situaciones, bendiciendo sus castos amores.’

“Generalmente apreciado por cuantos tuvimos la honra de conocerlo, es hoy generalmente sentida su muerte.

“Señores: El corazón angustiado no puede medir la intensidad del dolor!-----

“La Iglesia ha perdido un verdadero apóstol de Cristo, la Patria un buen ciudadano, la sociedad un dechado del amor filial y nosotros un amigo sincero.

“Las sombras de la eternidad cubren ese féretro que lloro-

nos contemplamos. Coloquemos sobre su tumba coronas de cipres y siemprevivas y escuchemos el lamento quejumbroso de esos melancólicos árboles que decoran este lugar consagrado á los recuerdos del ayer. . . . ¡Qué las lágrimas que ruedan por nuestras mejillas sean bálsamo de consuelo para esa madre que, con la temprana muerte del doctor **URIBE**, queda sumida en la más triste y desconsoladora orfandad!

“¡¡ Adios mi maestro y mi amigo, hasta la eternidad!!”

Bogotá, Diciembre 11 de 1881.

UN RECUERDO.

Es de admirar cómo en el reino vegetal hay plantas que, como el mansanillo, á cuya frondosa sombra se recuesta el viajero cansado, muere engañado de aquella venenosa sombra. La encina dura muchos siglos, es cierto, y sus ramas extendiéndose en el espacio dan abrigo al que á ellas se acoge; pero si viene un vendabal en esos instantes, una sola rama que caiga á impulsos de él, dá la muerte á su hospedado. El roble, es otro de los árboles, que si no son seculares no alcanzan á exhibir su majestuosa grandeza. Todos estos árboles gigantes nacen de la tierra su madre y nadie sabe el por qué de su distinta produccion.

Mas viniendo á otro género de plantas vemos la violeta, llamada la candorosa, porque su flor escondida entre sus hojas que la ocultan solo se hace sentir por su fragante olor. La azucena, emblema de la castidad, solo aparece de año en año y se marchita con las brisas del invierno. El doncenon nace prematuramente, dá su fruto y muere; y las trinitarias dejan caer ó arrastran sus gajos despues de su florescencia. La rosa se marchita y el clavel pierde sus colores y sin embargo el sol es el

mismo y los agentes fluídicos destinados para el gran aparato de la vida son iguales.

Por esto yo no podría sembrar ni una encina, ni un roble para mi generacion. Las transiciones misteriosas de la naturaleza hacen que miéntras estos gigantes crecen con la vida de los siglos se alimenten con el aroma de las distintas flores que ofrecen su existencia para el desarrollo de esos corpulentos árboles.

Si tal es la vida de los vegetales ¿cómo será la vida del hombre?

El mansanillo hace que el hombre juicioso conozca su veneno y se auyenté de él. Las encinas y los robles caen desplomados por el tiempo para formar nuevas vegetaciones y el hombre se descompone en la vida material por la muerte.

En la sucesion de los tiempos, por donde los siglos han pasado, hemos visto que los unos han muerto con su ejemplo y enseñanza para dar paso á otros que han sido atraídos al mismo sendero. El Calvario es la gran demostracion. Todos los grandes hombres han tenido su calvario. Han muerto la mayor parte jóvenes en edad, mas ricos en ideas----

Qué importa que el joven y distinguido sacerdote, nuestro amigo, señor Doctor Jesus María Uribe, haya muerto en la flor de sus dias, si supo morir lleno de virtudes y cumpliendo con su deber?----Es que todo el que viene á esta vida tiene una mision que cumplir.

Dejó una madre anciana, enferma y desvalida á quien le dedicamos estas líneas; mas ella que supo educar á su hijo sabrá resignarse con la voluntad divina. ¡Que Dios le mande una rama de bendito beleño para que olvide sus pesares!

Bogotá, Diciembre 11 de 1881.

IGNACIO FORERO SUÁREZ.

EL SEÑOR DOCTOR JESUS MARIA URIBE.

Con profunda y sincera pena registramos en el obituario de la semana pasada la muerte del Presbítero doctor **JESUS MARIA URIBE**. El día 10 de los corrientes entregó su alma al Creador este ejemplar sacerdote, fiel y decidido representante del verdadero apostolado, que consumió su existencia, hora por hora, en llenar con el mayor ahinco las árduas cuanto delicadísimas funciones de un ministro del altar.

Pocos seres han sido más ricamente dotados por la Providencia con los dones que pueden hacer feliz á un hombre y más cumplido á un sacerdote: una ardiente consagracion á la humanidad, una inteligencia clara, un juicio recto, una elocuencia fácil, abundante, sencilla como el dogma cristiano que la inspiraba, y palpitante de uncion; un acendrado esmero por la prosperidad, belleza y adorno de las iglesias que se le encomendaban; un infatigable catequizador; uno de los más activos misioneros de nuestro Clero.

La vehemencia en el trabajo comenzó á quebrantar su rica salud en la primavera de su vida. Luégo, en medio de aquella existencia humilde y colmada de honradez, respirando en una atmósfera suave y serena, aquel sér tan bueno y tan sensible oye un horrendo silbido; y tendiendo su vista azorada, se ve envuelto en las roscas de una horrible serpiente. En vano logra desasirse de ella despues de larga y tenaz lucha, en la cual su sangre se empobrece y su corazon queda para siempre lacerado. Las ceñiduras causadas por el monstruo entre los monstruos quedaron indelebles en su vida y lo pusieron "triste hasta la muerte." Despues ya no fué sólo la lucha del alma herida en su esencia por la calumnia la que tuvo que sufrir; tuvo que entrar en esa otra que quebranta al más vigoroso,

que abate al más fuerte, que hace agonizar al más resignado; la lucha, no con la pobreza, pluguiera al cielo! sino con la miseria. Lucha tanto más dolorosa, tanto más desesperada, cuanto que sus golpes alcanzaban á herir lo que él amó más sobre la tierra, el solo mundo de su cariño, su madre! su madre parálitica hasta no poder valerse de por sí.

Al momento en que se supo que aquella vida gastada por la miseria y por los sufrimientos habia tenido su última palpitation, las gentes volaron en masa á contemplar aquel pobre cadáver, y un numeroso acompañamiento, en el cual se veian lágrimas y se oian sollozos, condujo sus restos mortales á la última morada del hombre. Demostracion tardía, y hasta cierto punto sarcástica, de lo que valia el hombre y de lo que valia el sacerdote.

Muy grato, muy bueno, muy recomendable es el homenaje que se tributa á las grandes prendas que constituyeron la esencia del alma del que deja este valle de lágrimas; pero lo seria mucho más, si no fuera sino un acto que coronara otros que hubieran aliviado las espantosas angustias á que está sujeto el miserable cuerpo cuando las necesidades de la vida lo enlazan, lo torturan y lo ahogan.

La madre del virtuoso sacerdote se queda sola, sola en el mundo; y ya que no es posible reemplazarle el alimento del corazón,—su hijo,—que al ménos el reflejo de las virtudes y del infortunio de aquél mueva la caridad de los pudientes, y en memoria suya, y en reparacion del olvido que con él se tuvo, no se deje á esa infeliz anciana parálitica en el desamparo; que ella no tenga por qué exclamar apurando la horrible y amarga copa de la miseria:

“ Señor, Señor, ¿ por qué me habeis abandonado ? ”

(De “ El Obrero ” de Bogotá.)

DUELO PROFUNDO

PARA LA IGLESIA Y ESPECIALMENTE PARA LA DIOCESIS.

Pocos días han transcurrido desde que se hacía notar el hecho de no publicarse número de *El Revisor* sin registrar la pérdida de un sacerdote, de un operario evangélico. Hoy se confirma dolorosamente aquella asercion y las páginas del órgano oficial del Gobierno Eclesiástico se enlutan al comenzar el segundo semestre de esta publicacion, con la noticia de la muerte del digno Secretario de este Gobierno, del sobresaliente orador sagrado, del jóven sacerdote de descollante inteligencia, vastísima instrucción, laboriosidad reconocida, consagracion asidua y abnegada á las funciones de su ministerio, benemérito eclesiástico, señor doctor **JESUS M. URIBE!!!** cuando se preparaba, confiando en el restablecimiento de su salud, para venir á encargarse del honroso puesto que le confió el Prelado, confianza defraudada ménos por el efecto de la enfermedad que por el de las inconsultas primeras aplicaciones con que se creyó remediarla.

Tunja no podrá olvidar al Pastor celoso, al hijo modelo, al eminente orador que dió lustre á la cátedra sagrada de sus templos, disipando más de una duda, refutando victoriosamente más de un sofisma de la incredulidad, y patentizando con notable maestría la verdad católica, bebida no sólo en el rico arsenal de los Padres y escritores sagrados, historiadores, filósofos &c.^a cuyas obras constituian su único patrimonio, pues nada más poseía, sino recibida de los mismos labios del inmortal Pío IX, del gran Pontífice que ha dado el nombre á su siglo, del Pontífice cuya memoria será siempre de veneracion á pesar de la zaña de sus enemigos; Tunja, no podrá olvidar al tierno amante de los niños de quienes se rodeaba, á ejemplo de su divino Maestro, y cuyas congregaciones en que el generoso sa-

sacerdote al lado de su afuente, simpática é instructiva palabra, agregaba obsequios de libros y objetos religiosos, aumentaban día por día, con positiva satisfacción de los padres de familia; Tunja no olvidará aquellas solemnidades, que como la del mes de María, dejaron tan gratos recuerdos y que sólo pueden compararse á las análogas que en mejores tiempos presentaban los dignos hijos de San Ignacio.

La ciudad de Bogotá, en general, y la parroquia de las Nieves, en particular, de la que fué Rector el ilustre finado, como lo fué de la de Santiago de Tunja, ha dado pruebas de que es grata y de que sabe apreciar el verdadero mérito,

En la tarde del 10 de Diciembre, en que el preclaro sacerdote, despues de recibir todos los auxilios de la religion y de obtener la gracia del Jubileo, dejó esta triste morada de la tierra, se iluminó toda la carrera que debía recorrer el convoy fúnebre, y fueron enlutadas todas las puertas y ventanas. Los funerales han tenido muy pocos semejantes, por la numerosa concurrencia, servicio del oficio, traslacion del cadáver al cementerio en medio de una concurrencia de más de 5,000 personas en la que figuraban todas las clases sociales representadas en mucho mayor número, proporcionalmente, que en la de aquella á que el difunto tuvo el honor de pertenecer, circunstancia á la que penosamente se llamó la atención en uno de los discursos que Magistrados del Tribunal Superior y otras notabilidades pronunciaron honrando la memoria del finado, y en la que ocasiones análogas ha ocurrido en Bogotá.

El Prelado y Clero de la Diócesis expresan su duelo profundo por tan sensible pérdida y unidos al pueblo agradecido elevarán sus preces por el descanso eterno del sacerdote y del amigo.

Tunja, Diciembre 16 de 1881.

MIGUEL ARIAS, Pro Secretario.
(De "El Revisor Católico" de Tunja.)

COLOCACION DE LA LÁPIDA MORTUORIA

BORNE AL SEPULCRO DEL SEÑOR DOCTOR JESUS MARÍA URIBE.

El lunes 16 de los que cursan, á las cuatro de la tarde, tuvo lugar en el cementerio público de esta ciudad, una lucida funcion, que como complemento del homenaje tributado á los restos mortales del señor doctor **JESUS MARÍA URIBE**, tenia por objeto la colocacion, sobre su sepulcro, de la preciosa lápida preparada al efecto.

Una lujosa concurrencia, atraida por la invitacion que se hizo por medio de cartelones fijados en las esquinas, y precedida por el recogimiento propio del sitio, y digno de un pueblo culto y creyente, llenó la capilla y las avenidas del campo santo.

Llamaron especialmente la atencion la sencillez y elegancia con que estaba adornada la capilla, y los tiernos y sentimentales acordes con que los profesores de la Sociedad Musical, que tan espontánea y generosamente quisieron prestar su cooperacion á esta funcion de sentimiento popular, acompañaron la vigilia oficiada por el señor doctor Amézquita, y en cuyas tristísimas notas traducian, por decirlo así, el sentimiento íntimo de todos los asistentes.

Concluida la vigilia se dirigió el pueblo á la tumba del doctor **URIBE**, sobre la cual estaba colocada de antemano la lápida cubierta con un crespon; levántose éste, y en medio de la sorpresa que á todos produjo la obra maestra de arte con que está trabajada la piedra, elevó de nuevo la orquesta profundas y sentidísimas notas, que debieron llevar hasta Dios los fervientes votos de los amigos del difunto.

Los señores doctor Antonio M. Amézquita y Agapito Medinaceli, pronunciaron discursos alusivos á los merecimientos y virtudes del doctor **URIBE**, y á la justicia que sus amigos han sabido rendir á su memoria.

Terminóse esta lucida ovacion con una nueva vigilia cantada al lado mismo del sepulcro de nuestro sentido amigo.

El trabajo de la lápida, verdaderamente digno de elogio, ha sido hecho por el modesto y entendido artista señor Francisco Camacho, aprovechado discípulo del honorable señor Lambardi. Ocupa la parte céntrica y superior el busto del doctor **URIBE**, tallado de relieve y tomado con artística maestría de un retrato fotográfico; á la derecha, debajo del busto y en la misma talla, se ve una cruz inclinada sobre la izquierda, llevando en sus brazos el manípulo y la estola, y á sus pié el breviario; en el costado izquierdo y guardando simetría con las figuras del derecho, se cruzan un cáliz y un copon inclinados en sentido contrario el uno del otro; en el espacio que média entre las figuras simbólicas de los costados y debajo del busto se encuentra la siguiente inscripcion :

Diciembre 10 de 1881.
Juvenilis. Aetas.
Senex. Meritis
Palmas Optimorum
Portabit.

Recuerdo de sus amigos — C. Alba y M. Samudio.

La parte alta y semicircular de la piedra contiene esta inscripcion, que encierra el busto por ambos lados :

PRESBITERO DOCTOR JESUS MARIA URIBE.



No creeríamos haber dado cima al pequeño trabajo que nos hemos impuesto, si como conclusion, no agregáramos algunas consoladoras reflexiones, resultado de los hechos que ha dado lugar la infausta muerte de nuestro buen amigo.

Las multiplicadas demostraciones que durante su vida recibió el señor doctor **URIBE**, del pueblo en general, las previsiones y ternuras que le rodearon en los días infaustos de la adversidad, el duelo profundo que produjo su muerte, y los honores póstumos, tan espontáneos como significativos, que se han tributado á su memoria, hablan muy alto en favor de las convicciones religiosas del pueblo, que con desinterés supremo se esfuerza en ensalzar las modestas y evangélicas virtudes del sacerdote, para rendir culto y homenaje á la sublime idea católica, que á la vez que inspiraba las virtudes del apóstol consagraba la gratitud de la grey.

Así como el entusiasmo y la buena fe, en defensa de determinados principios, llegan á personificar éstos en sus más notables defensores, así mismo las grandes verdades religiosas toman forma y encarnan, si se nos permite la expresión, en aquellos de sus apóstoles, que guiados constantemente por el severo cumplimiento de sus altísimos deberes, llegan á hacer simbólico en la conciencia de los pueblos, su nombre y el principio santo de donde emanan sus virtudes.

Y esto sucedió con el doctor **URIBE**. Su mérito personal y sus virtudes, tanto durante su corta peregrinación sobre la tierra como después de cumplida su misión transitoria, han simbolizado para los creyentes, la idea de donde emanaban los primeros y que dictaba las segundas.

En las demostraciones afectuosas tributadas ya á su persona, ya á su memoria, hemos visto, y con razón, un homenaje rendido al principio católico, que con prescindencia de los in-

tereses mundanos, ensalza á los humildes, glorificando la idea santa que tomada de las fuentes religiosas, dió mansedumbre á su corazon, caridad á su alma, uncion á su palabra, poder á su ejemplo y atractivo poderoso al sacrificio que conduce á Dios.

El señor doctor **URIBE** ocupó una modesta posicion en la jerarquía eclesiástica; sus recursos pecuniarios alcanzaron, cuando más, á lo preciso para las necesidades de la vida; la enfermedad, las tribulaciones y la miseria, llegaron juntas á posarse en su hogar cuando su fin se aproximaba, y sin embargo, numerosos amigos le rodearon siempre con sus atenciones; sinceros admiradores hicieron justicia á las riquezas de su espíritu; manos previsivas aliviaron con ternura sus dolencias, enjugaron sus lágrimas, remediaron sus necesidades, y corazones generosos y leales recogieron su ejemplo, guardaron su memoria, honraron su nombre y dieron público testimonio de su afecto.

Es porque la virtud, emanacion de Dios, é inmortal como su autor, ciñe con luminosa aureola la frente de los que la practican, llena su alma de luz, eleva su talla moral por sobre todas las dificultades materiales, enriquece su espíritu con tesoros, que si nada significan para el sensualismo, si son todo para las aspiraciones del alma cuya sed mitigan y sacian; es porque la virtud que como verdad absoluta, domina el mundo moral, se impone á las generaciones, salva las tinieblas del olvido, engrandece á los pequeños sobre todo poder, honra á los individuos y salva á los pueblos.

Bogotá, Enero 17 de 1882.

L. M. H.